

Los orígenes del Alcázar Segunda parte: el Alficén de Toledo



Juan B. Valentín-Gamazo de Cárdenas
General de Brigada
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Arte Militar

Abordamos en esta segunda parte el recorrido por el trazado de la alcazaba toledana, conocida como «El Alficén», basado fundamentalmente en los múltiples vestigios que se conservan y, como ya apunté en la primera parte, en el estudio de la fotografía aérea de la Aeronáutica Militar de 1917.

El recinto empezaba por su cara occidental en el ángulo del Alcázar donde está situado el acceso a la Biblioteca Regional de Castilla la Mancha. El primer vestigio visible lo encontramos en el vestíbulo de entrada del Museo tras el mostrador de taquillas, donde las obras de ampliación dejaron al descubierto un fragmento de lienzo realizado con grandes sillares desordenados que indican el reaprovechamiento de materiales anteriores. Este muro se interrumpe por el trazado de la calle de la Paz, abierta después de la Guerra Civil. Lógicamente continuaba bajo los actuales edificios del lateral oriental de la plaza de Zocodover con la interrupción del Arco de la Sangre, con toda seguridad situado en el mismo lugar que la antigua puerta de acceso a la alcazaba. Finalizada la Guerra Civil y al retirar los escombros de los edificios destruidos salieron a la luz los cimientos de la muralla, de los que se conservan documentos gráficos. Curiosamente, al reconstruir estos edificios se modificó la orientación de la fachada para hacer coincidir el extremo norte con el edificio de la esquina de la calle Armas que sobresalía unos metros hacia la plaza. Esta variación rompió la alineación original que existía con el muro del Alcázar y con el trazado de la muralla. En esta zona se puede ver una parte del muro en el establecimiento de hostelería de la esquina de la calle Armas con Santa Fe, el bar «El trébol», donde se aprecia el mismo sistema de construcción que en el Museo y en el que existe además un pequeño portillo. A partir de aquí continuaría el muro con la misma alineación hasta llegar al miradero. Antes de llegar a la esquina noroeste, otro tramo de la muralla es visible en las excavaciones realizadas en el interior convento de Santa Fe en la «Sala del Alfarje». De nuevo el mismo sistema de

construcción, sillares desiguales reutilizados con ripios de teja o ladrillo. Las excavaciones que dejaron al descubierto este muro sacaron a la luz también varias dependencias como un salón, una alcoba, una sala de aseo y una pila, todo ello de origen islámico, pero sobre la base de edificaciones visigodas.

Los restos que pudieran haberse conservado en el primer tramo de la fachada norte del muro, desaparecieron con las distintas actuaciones realizadas: paseo original del Miradero, antiguo centro comercial o el actual complejo cultural. Sin embargo, al final del paseo al descender por la escalera para bajar hacia el puente de Alcántara nos encontramos con una serie de cubos y lienzos de muralla, según muchos autores en parte de origen romano, de nuevo construidos en parte con sillares reutilizados que se prolonga hasta la fortificación que protege la puerta de Alcántara.

Con respecto al el trazado de la fachada oriental en la vista aérea se aprecia una línea recta en dirección sur norte que coincide con el borde de la antigua esplanada de la Academia lo que pudiera indicar que esta se construyó sobre los restos de una muralla paralela a la de la cara oeste. Desgraciadamente no existen vestigios que lo confirmen, pero bien pudo existir este muro que luego se completaría con un segundo más hacia el este, el que se conserva en la actualidad, que llega hasta la Puerta de Alcántara.



La muralla oriental, que se inicia desde el final de las escaleras del miradero por el norte hasta el torreón de la puerta de Doce Cantos, presenta partes de las épocas romana y musulmana, así como otras de construcción posterior medieval en las que se alterna el muro

de sillares regulares e irregulares con el de aparejo de ladrillo y piedra típico de Toledo. La Puerta de Alcántara daba acceso a una plaza de armas amurallada, hoy desaparecida para dejar paso al tráfico rodado, que formaba un conjunto cerrado con el torreón de la entrada del puente.

Del tramo sur de la muralla, desde el torreón de Doce Cantos hasta la entrada de la Biblioteca Regional, no hay ningún resto visible, aunque por las imágenes aéreas se puede deducir que discurriría bajo el actual «Mirador del Alcázar», el monumento del Ángel y el propio edificio. Este último tramo estaría situado sobre las antiguas caballerizas, hoy sala de Artillería del Museo.

Cerrado el recorrido perimétrico pasamos a analizar las diferentes puertas ya mencionadas. Se conservan en la actualidad tres puertas de acceso. La principal, denominada en las crónicas como *bab al-Qantara*, es decir, la Puerta del Puente que se corresponde con la situada junto al redundante puente y que era el cierre del paso del río. Esta puerta no solo controlaba el puente, sino el acceso a la propia ciudad al ser el único existente, con la única alternativa del vado situado trescientos metros más al norte y utilizable solamente en las ocasiones de bajada de nivel del río.

La segunda es el actual Arco de la Sangre, en su denominación árabe *bab-al-Yayl*, puerta de los Caballos, que materializaba la comunicación entre la alcazaba y la medina dando salida a la actual plaza de Zocodover, derivación del árabe *Suq ad-dawabb*, Zoco de las Bestias. Esta puerta comunicaba por el interior de La alcazaba con una vía que coincidía en su tramo inicial con la actual cuesta de Cervantes

Finalmente, la de Doce Cantos, una puerta de reducidas dimensiones que permitía la salida hacia la parte sur de Toledo y que según las crónicas estaba situada junto a la llegada del acueducto romano por lo que estaría relacionada con la utilización de esta obra hidráulica. De hecho, algunos autores asocian su nombre con una supuesta fuente llamada de los «doce caños» existente en este lugar.

Una cuarta puerta es la que permitía el acceso al Alcázar por su cara este y que se puede ver dentro del actual edificio, conocida como la Puerta Omeya, construida en el siglo X. Está formada por un arco de herradura en el que las dovelas alternan la piedra de granito con la caliza, según el mismo estilo de la mezquita de Córdoba. Flanquean la puerta dos torreones contruidos con sillares de granito de origen romano.

Asociada al recinto exterior se conserva la coracha de Alcántara situada al sur del puente. Con el término «coracha» se denomina a un lienzo de muralla que constituye una comunicación protegida entre una fortaleza y un punto exterior a ella. Lo normal es que se utilizara para llegar a una «torre del agua», como es este caso, que permitía el acceso a un pozo o a una corriente y facilitar de forma segura el abastecimiento del agua. También podría servir para unir el recinto fortificado con otro recinto exterior. El profesor Jesús Carroble (*Fortificaciones de Toledo: Las Corachas del Alficén*, Toledo, 2009) apunta a la existencia de una segunda coracha de agua exterior que uniría la base de la margen derecha del río del antiguo acueducto con la entrada de «Doce Cantos».

Entre las construcciones interiores la más importante es el muro descubierto en las excavaciones realizadas para la instalación del Museo del Ejército. Se trata de un lienzo de muralla que, partiendo de la fortaleza, continuaba paralelo al muro occidental en sentido norte para alcanzar los palacios de «La Galiana», actuales conventos de Santa Fe y La

Concepción. En el tramo descubierto se conservan dos cubos orientados hacia el este lo que indica su finalidad de constituir un pasaje protegido entre el Alcázar y los Palacios. En una palabra, mantener unidos los dos centros de poder, el militar y el administrativo y residencial. Esta construcción es acertadamente calificada por el profesor Jesús Carroble as como una «coracha seca». En el cubo norte que se conserva, situado junto al arranque de las escaleras mecánicas de acceso al museo, se pueden apreciar sillares visigodos con los característicos adornos con formas geométricas. Este muro se interrumpe, al igual que el exterior, con el trazado de la calle de La Paz. Volviendo a la citada puerta del Arco de la Sangre y la vía que atravesaba el Alficén, tendría que haber existido también una puerta correspondiente en este muro que coincidiría con el hueco que quedaba a la izquierda de la antigua Posada de la Sangre, hoy desaparecida y posiblemente construida sobre restos de este tramo.

Hasta aquí se han descrito los restos arquitectónicos que, más de un milenio más tarde, nos permiten deducir como fue esta impresionante obra de fortificación que cumplía dos funciones fundamentales para el poder musulmán: controlar el puente que permitía el acceso a al norte del Tajo y mantener el control sobre la levantisca población toledana.